

se refleja vagamente en las aguas turbadas por los deshielos primaverales.

Ahora es con un barco de pasajeros con el que se cruza. El barco silba y el eco estridente del silbido se pierde en la selva. En medio del río los dos remolinos se encuentran, se deshacen; después besan los costados de los barcos y éstos oscilan dulcemente. En las vertientes se ven ya los verdes tapices de las siembras de otoño, la tierra sin labrar y los surcos negros de las tierras dispuestos á recibir el trigo. En el aire, los pájaros se arremolinan como puntitos negros y se destacan, de un modo neto, del azul puro del cielo. Allá á lo lejos se percibe un rebaño minúsculo, parecido á un juguete, y la silueta del pastor, apoyado en su tranca y mirando al río.

Por todas partes el reflejo de las aguas, el espacio y la libertad, el aspecto encantador de las verdes praderas y la pureza de un cielo azul y acariciador. En los remolinos del agua se adivina una fuerza oculta. El sol lo alumbra todo con sus rayos generosos, el aire está saturado del olor penetrante de los pinares y las ramas jóvenes. Y las orillas siguen siempre delante del *Ermak*, descubriendo sin cesar cuadros nuevos, cuya belleza es una caricia para los ojos y para el alma. Todo aquí lleva un sello de quietud: toda la naturaleza y los hombres viven perezosamente, pero esta misma pereza tiene una gracia original y diríase que oculta una fuerza intensa, una fuerza invencible, pero inconsciente, que no se ha creado de deseos bien claros ni de fin definido. Y esta somnolencia de la vida arroja una sombra de tristeza en estos espacios grandiosos. Una paciencia resignada, la espera silenciosa de algún acontecimiento nuevo y vivificante se adivina en todo, así como en el grito del cuclillo que el viento traslada desde la ribera al centro del río. Las canciones tristes parecen implorar auxilio... y por mo-

mentos se siente allí vibrar la energía de la desesperación... A estas canciones, el río responde con profundos suspiros y las copas de los árboles se balancean melancólicamente.

Tomás se inmovilizaba días enteros sobre el puente, al lado de su padre. Sin hablar una palabra, los ojos desmesuradamente abiertos, miraba el panorama de las riberas y le parecía que iba por un ancho sendero de plata, en uno de esos maravillosos reinos que habitaban las hadas y los gigantes de sus fantásticos cuentos. A veces preguntaba á su padre sobre lo que había visto. Ignat le respondía con gusto y muy detalladamente, pero sus respuestas no satisfacían al niño: no encontraba nada de interesante, ni que fuese de su gusto; sobre todo no encontraba en ello lo que buscaba.

Un día dijo suspirando:

—La tía Antheisa sabe más que tú.

—¿Qué es lo que sabe más? preguntó Ignat.

—¡Todo!... le replicó el muchachito con tono convencido.

Los países encantados no se presentaban. En cambio se veían á menudo, á lo largo del río, poblaciones parecidas á la que habitaba Tomás. Unas eran más grandes, otras más pequeñas, pero los hombres, las casas, las iglesias, todo era parecido á lo que él había visto en su pueblo natal. Tomás las visitaba en compañía de su padre y quedaba descontento; regresaba al barco fatigado y abatido.

—¡Mañana llegaremos á Astrakán! dijo un día Ignat.

—¿Se parece á las otras poblaciones?

—¿Claro... y cómo habría de ser?

—¿Y qué hay, luego?

—El mar... eso se llama el mar Caspio.

—¿Y qué hay dentro?

—¡Peces, preguntón! ¿qué otra cosa puede haber en el agua?

—¡La ciudad de Kitej, tú lo sabes bien, está construida debajo del agua!

—¡Eso... es otra cosa!... Es Kitej. No está habitada más que por justos...

—Y en la mar, di, ¿no hay ciudades habitadas por los justos?

—No las hay, dijo Ignat.

Y después de un momento de silencio, añadió:

—El agua del mar es salada: no se puede beber...

—Y debajo del mar, ¿hay tierra?

—Ya lo creo; el mar tiene sus orillas. Es como una cubeta...

—¿Y ciudades...?

—Ya lo creo, ciudades... ¿qué crees? Sólo que ya no es nuestra tierra, es la tierra persa... ¡Tú has visto ya persas en la feria! Ya te acordarás de aquella mujer que gritaba: «¡Piñones, bombones!...»

—Sí, he visto... respondió Tomás.

Y se puso pensativo.

Otro día, preguntó á su padre:

—¿Existe aún mucha tierra?

—¡Oh! ¡mucha! Si se fuese á pie, no se daría la vuelta en diez años.

Y largo tiempo Ignat habló á su hijo de las dimensiones de la tierra. Por último, dijo:

—A pesar de todo, aun no se conoce toda, ni siquiera donde concluye...

—¿Y toda es parecida?

—¿Qué quieres decir?

—Las ciudades y todo, en fin...

—¡Ya lo creo! Las ciudades son siempre ciudades; hay casas, calles... todo lo que es necesario.

Después de varias conversaciones de este género, el muchacho cesó de mirar á lo lejos con esa mirada tan fija y tan escrutadora de sus ojos negros.

Era muy querido á bordo y él quería á todas estas gentes, tostadas por el sol y el viento, que jugaban tan alegremente con él. Le confeccionaban toda

clase de instrumentos de pesca, hacían barcos con cortezas de árboles, se divertían con él, le paseaban en una barca durante las escalas, cuando Ignat iba á las ciudades para sus negocios. El pequeño oía á menudo recriminar á su padre, pero no se fijaba y nunca le decía nada de lo que oía. Pero una vez en Astrakán, mientras se cargaba madera para quemar, Tomás oyó la voz de Petrovitch, el maquinista.

—¿Ha dado la orden de cargar toda esta madera? ¡Diablo de hombre! ¡Insensato! Carga su barco hasta el puente y en seguida grita que se estropea la máquina... que se echa mucho aceite...

La voz del viejo timonero, cascada, respondió:

—Todo proviene de su extrema avaricia: la leña es más barata aquí, ¡por eso se apresura!... Es avariento, ¡Satanás!

—Oh sí, que...

Esta palabra, repetida varias veces, se grabó en la memoria del muchacho, y por la noche, cenando, preguntó á quemarropa á su padre:

—¿Padre?

—¿Qué?

—¿Tú eres avaro?

Interrogado por su padre, le repitió la conversación entre el timonero y el maquinista.

El rostro de Ignat se oscureció y sus ojos lanzaron destellos.

—¡Ah! Es así... pronunció sacudiendo la cabeza. Y bien, sabes, no los escuches. Tú eres su amo, ellos son tus servidores, recuerda eso. No son una sociedad para tí. Sepárate de ellos. Si nos da gana á los dos, podemos echar á todos, hasta el último, en la primera ribera que se presente... ¡No valen gran cosa! y se encuentran por todas partes como si fuesen perros. ¿Has comprendido? Pueden decir mucho mal de mí... Lo hacen porque soy su amo soberano. Ahí está el negocio; tengo suerte y soy rico

y el rico tiene siempre enemigos: el que es dichoso es el enemigo de todo el mundo...

Dos días después, se vió á bordo un nuevo maquinista y un nuevo timonel.

—¿Dónde está Jacob? preguntó el chico.

—¡Lo he echado!

—¡Ah! ¿por aquéllo? adivinó Tomás.

—Justamente.

—¿Y á Petrovitch también?

—También.

Tomás admiróse, viendo que tan pronto se pudiese renovar el personal del barco.

Sonrió á su padre y bajando al puente se aproximó á un marinero, ocupado, sentado en el suelo, en destorcer un cabo de amarra.

—El timonel es nuevo, dijo Tomás.

—Lo sabemos.. Buenos días, Tomás Ignatich. ¿Has dormido bien?

—El maquinista es nuevo también...

—¡El maquinista también!... ¿Echas de menos á Petrovitch?

—No...

—¡Vamos! Era tan bueno para ti...

—¿Y por qué decía mal de papá?

—¡Ah! ¿Decía algo?

—Ya lo creo; yo mismo lo oí.

—¡Bah! ¿tu padre lo habrá oído también?

—No, he sido yo quien se lo he dicho,

—¡Ful!... eso es, murmuró el marinero.

Y se calló volviendo á su trabajo.

—Y papá me ha dicho: Tú eres el amo aquí; puedes echarlos á todos, si quieres».

—¡Eso es!... ¡Valiente negocio! dijo el marinero, mirando con el rabo del ojo al muchacho, que se animaba hablando de su autoridad.

Desde este día Tomás pudo observar que los hombres que componían la tripulación le trataban bien diferentemente. Los unos eran más amables y aun

obsequiosos y los otros no le dirigian ya la palabra y, cuando le hablaban, era brusca y desagradablemente.

A Tomás le agradaba ver lavar el puente: con los pantalones subidos hasta las rodillas y á veces quitados, los marineros corrían, diestramente armados de cepillos y de escobas, echando cubos de agua, salpicándose los unos á los otros, riendo, gritando, cayendo; el agua se deslizaba por todas partes y el tumulto alegre de hombres se mezclaba á este rumor.

Su presencia no incomodaba á los marineros en este trabajo fácil y divertido, y él mismo tomaba una parte activa, inundándoles de agua y echando á correr ante las amenazas de echarle á él. Desde la despedida de Jacob y Petrovitch comprendió que incomodaba á todos; nadie quería jugar con él y cuando le veían venir era sin gusto.

Admirado y entristecido, dejó el puente y subió á la pasarela. Se sentó y se puso á mirar el azul del horizonte y la línea oscura de la selva que se destacaba al final. Abajo, en el puente, continuaban echando agua y riendo...

Tenía un vivo deseo de mezclarse entre ellos, pero un sentimiento confuso le detenía. Se acordaba de las palabras de su padre: «Evítalos, tú eres su amo».

Entonces vino el deseo de gritarles algo violento, como amo, como hacía su padre en fin. Reflexionó mucho tiempo lo que podría decirles, pero no encontró nada...

Dos ó tres días pasaron aún y concluyó por comprender que la tripulación no le quería.

A partir de este momento, empezó á aburrirse en el barco y la imagen de la buena y tierna Antheïsa, con sus cuentos y su risa sonora y franca, que le llegaba al alma, se destacó de la bruma de sus nuevas impresiones. Vivía aún en el mundo de las

hadas, pero la mano terrible y celosa del Destino, rasgaba ya la tela fina á través de la cual el niño veía todo lo que le rodeaba....

El asunto del maquinista atrajo su atención sobre lo que le rodeaba. Sus ojos fueron más penetrantes, su conciencia se despertó y en las preguntas que hacía á su padre se adivinaba el deseo de saber qué son los hilos y los resortes que hacen moverse á los hombres.

Un día fué testigo de la escena siguiente: varios marineros cargaban leña; uno de ellos, llamado Efim, muchacho alegre y fuerte, atravesando el puente, dijo con voz alta é irritada:

—¡Esto es vergonzoso! Yo no me he contratado para cargar leña. Soy un marinero, está claro... ¿pero llevar leña? No, gracias. Eso se llama arrebatarme el pellejo que no he vendido. ¡No es honrado! ¡No hay quien le iguale en querer chupar la sangre á los pobres!

El niño escuchaba estas palabras y sabía que se hablaba de su padre; pero veía también que Efim, blasfemando y todo, llevaba una carga más pesada que la de los demás y que hacía más viajes. Nadie respondía á sus murmuraciones y aun sus compañeros de trabajo se callaban, protestando sólo del celo con el que Efime cargaba su leña.

—¡Ya basta! masculló. No soy un mulo.

—¡Cállate, estás atado, no debes hablar! Y aun cuando te hagan una sangría suelta, debes callarte... ¿qué respondes?

Ignat apareció bruscamente ante ellos y les dijo con rudeza:

—¿De qué habláis?

—Digo lo que sé, respondió Efim con voz vacilante. No estaba prohibido hablar...

—¿Y de qué hablas tú, pues, que se os chupaba la sangre? preguntó Ignat al mismo tiempo que se acariciaba la barba.

El marinero comprendió que estaba cogido. Y viendo que no había medio de escapar, arrojó al suelo la leña que sostenía, limpió sus manos en el pantalón y miró á Ignat en los ojos fijamente.

—¿No es verdad? ¿No chupas nuestra sangre?

—¡Yo!

—¡Sí, tú!

Tomás vió á su padre levantar la mano... Después se oyó un rumor sordo y el marinero rodó pesadamente sobre los haces de leña. Se levantó en seguida y volvió silenciosamente á su trabajo. Gotas de sangre caían de su rostro cadavérico sobre la corteza de los abedules. Limpió la sangre con el revés de su manga, la miró y suspiró sin decir una palabra. Cuando pasó ante Tomás, dos gruesas lágrimas se contenían con trabajo en el borde de sus ojos y el niño las vió...

Comiendo, Tomás estaba preocupado y dirigía á su padre miradas temerosas.

—¿Por qué tienes esa cara? le preguntó Ignat amigablemente.

—Por nada...

—¿Estás malo?

—No.

—¡Bueno!... Ya sabes que si no estás bien es necesario decirlo.

—Eres muy fuerte... pronunció el niño.

—¿Yo? sí... bastante. El buen Dios me ha provisto.

—¡Qué golpe le has dado! exclamó el pequeño, bajando la cabeza.

Ignat llevaba comida á la boca; se paró, sorprendido por la exclamación de su hijo, miró atentamente su cabecita inclinada y le preguntó:

—¿Hablas de Efim?

—Sí... hasta hacerle sangre; ha llorado después... continuó el chiquillo en voz baja.

—¡Bah! murmuró Ignat, volviendo á comer, ¿lo sientes?

—¡Me da mucha pena! dijo Tomás con lágrimas en la voz.

—¡Ah! ¿le da á usted por ahí? le dijo Ignat.

Y después de un momento de silencio, se sirvió un vaso de aguardiente y añadió severamente:

—No merece que te cause lástima. Gritaba por nada y no ha llevado lo que merecía... Ya le conozco: es un bravo muchacho, trabajador, vigoroso y no tonto. Pero no hay réplicas que hacer, yo soy el amo y yo solo puedo hablar. No es tan sencillo ser patrón... Y además, no se morirá; con eso será más inteligente... ¡Eal... Tú no eres más que un niño y no comprendes nada... pero es tiempo de que yo te enseñe á vivir... Yo no viviré mucho...

Ignat se calló, bebió aún un vasito y continuó con tono de dulce persuasión:

—Se debe tener lástima y tú haces bien... Sólo que mira, es bueno tener lástima, pero con discernimiento... Estudia bien á tu hombre, ve su utilidad. Y si percibes que es fuerte, capaz, ayúdale, sé bueno para él. Pero al que sea endeble, incapaz de trabajar, vuélvele la espalda y sigue tu camino. Retén esto para el porvenir: aquel que se queja de todo, gime, llora, no merece ni aun tu lástima, porque no vale nada y no le harás un servicio intercediendo por él... Esas gentes son aun más holgazanes cuando se les hace ver compasión... En casa de tu padrino es donde tú has visto toda esta clase de personas, caminantes, parásitos, desdichados de todas clases... todo eso es la escoria... Olvídalos, esos no son hombres... son conchas vacías, que no sirven para nada. Es una variedad de piojos, chinches, sarna... Y esas gentes no viven en el temor de Dios, no tienen Dios. Blasfeman cuando invocan el nombre de Dios; no lo hacen más que para enternecer á los imbéciles y para que esta compasión les sirva para llenar el estómago. Además, no viven más que para su barriga. No saben

hacer nada que no sea beber, comer, dormir y gemir... haciéndonos inclinar á la molicie y entorpeciendo nuestro camino. Un hombre entre ellos es una manzana sana entre manzanas podridas: puede echarse á perder sin ninguna utilidad. Pero tú eres demasiado joven... no puedes comprender mis palabras... Ven en ayuda del que lucha y resiste. Puede ocurrir que no pida auxilio: pero á ti te toca adivinarlo y prestárselo espontáneamente. Si es activo y tu ayuda le ofendiese, arréglate de modo que no lo perciba. Así es como se debe obrar. Pongamos un ejemplo: supón que dos tablas han caído en el barro: una está podrida, la otra está sana y sólida. ¿Qué harías? Ninguna necesidad de la podrida, déjala en el lodo, aun puede servir para no ensuciarse los pies. Pero coge la sólida, ponla al sol y si no te sirve á ti, le servirá á otro. ¡Así es, hijo mío! Trata de comprender bien lo que te digo. ¡Sí! .. tú no tienes que compadecer á Efim... es un buen muchacho, serio; conoce que vale... y esto no se le quitará fácilmente. Voy á observarle una semana y le ascenderé á timonero. Y cuando sea capitán, no le vendrá grande y haré de él un buen capitán. Así es como se hace un hombre. Yo he pasado por ahí, sabes, amigo mío. Y me había mamado más de una bofetada á mi edad... La vida, niño mío, no es una madre tierna y dulce... es nuestra ama común y exige que le rindamos cuentas exactísimas.

Durante dos horas, Ignat habló así con su hijo. Le habló de su juventud, de sus trabajos, de los hombres y de su formidable fuerza, así como también de sus debilidades. Le decía los recursos que tenían algunos de fingirse débiles para vivir de los otros y después volvió á hablar de sí mismo, contando como de simple grumete había llegado á ser patrón y dueño de una gran empresa.

El niño le escuchaba, le miraba y á medida que su padre hablaba, se sentía más próximo á él. No

encontraba en los relatos de su padre nada de lo que le encantaba en los cuentos de su tía Antheisa, pero en cambio descubría algo nuevo, más claro, más fácil de comprender y no menos interesante... En su pequeño corazón se despertó un sentimiento fuerte y vivo que le atraía á su padre. Ignat, en los ojos de su hijo, vió desenvolverse este sentimiento nuevo. Dejó bruscamente su asiento, le cogió en sus brazos y le estrechó con fuerza contra su pecho. Tomás rodeó el cuello de su padre con sus bracitos y juntando su mejilla contra la suya quedó silencioso y oprimido.

—¡Niño mío, decía Ignat con voz sorda, querido... mi alegría... aprende, mientras que yo viva en el mundo! ¡Ah! ¡la vida no es fácil!

El corazón del chiquillo vibró, apretó los dientes y lágrimas ardientes se escaparon de sus ojos.

Hasta este día Ignat no había despertado en él ningún sentimiento especial. El niño se había habituado á su padre, se había familiarizado con su estatura gigantesca y le temía un poco, pero también sabía que veía realizados hasta sus más minuciosos deseos. Llegaba Ignat á ausentarse un día ó dos, una semana, á veces un verano. Tomás parecía ignorar su ausencia, teniendo todas sus afecciones para su tía... Cuando Ignat regresaba, el niño se alegraba; pero hubiese sido difícil saber por qué. ¿Era por la vuelta de su padre é por los juguetes que éste le traía?... Ultimamente, Tomás corría á abrazarle, le cogía la mano, reía, charlaba con él y se aburría cuando pasaban varias horas sin verle. Su padre le interesaba, y al mismo tiempo que su curiosidad, aumentaba su cariño y su respeto por él. Todos los días, cuando se veían, Tomás le preguntaba:

—Padre, háblame de ti...

El *Ermak* remontaba ahora el Volga. En una no-

che pesada del mes de Julio, bajo un cielo cubierto de nubes sombrías y mientras una inmovilidad amenazadora reinaba en el río, se llegó á Kazán y se echó ancla detrás de toda una fila de barcos.

El rumor de las cadenas y los gritos del capitán despertaron á Tomás. Miró por la claraboya y percibió en la obscuridad lucecitas que parpadeaban. El agua era negra y espesa como aceite y no se veía otra cosa. Su corazón se oprimió y se puso á escuchar atentamente. Una canción monótona y lastimera, como un lamento, llegaba hasta él; á bordo de los navíos, los contramaestres hacían llamada, se oía el silbido del vapor que se escapaba de las calderas... y el agua negra del río acariciaba, triste y dulce, las quillas de los buques. Fijando sus ojos dilatados en la obscuridad, el niño concluyó por distinguir sin gran trabajo masas negras, encima de las que se veían vacilar pequeñas luces. Sabía bien que eran otros barcos, pero esta certidumbre no le bastaba. Su corazón latía hasta romperse y en su imaginación exaltada pasaban imágenes sombrías y terroríficas. De repente un grito prolongado: «¡Ho!... ¡Ho!...» retumbó á lo lejos y pareció terminar en un sollozo.

—¡Ho!... ¡Ho!...

El mismo grito resonó de nuevo, pero mucho más cerca.

—¡Efimka! llamaba alguno á media voz en el puente. ¡Efimka!

—¿Qué hay?

—Vamos, levántate, coge los garfios...

—¡Ho!... ¡Ho!... seguían los gemidos, muy cerca esta vez.

Y Tomás, temblando, se separó bruscamente de la claraboya.

El sonido extraño se aproximaba y aumentaba, sollozo lúgubre, que se movía en la obscuridad pro-

funda de la noche. En el puente se oían cuchicheos inquietos:

—Vamos, Efim, levántate, pues... es una visita que nos llega...

—¿Dónde, pues?... respondió una voz agonizante.

Después fué el ruido de pies desnudos que corrían por el puente, un tumulto inusitado y ante los ojos de Tomás se deslizaron de arriba á abajo dos pértigas que se hundieron en el agua viscosa...

—Una vi si ta, sollozaban muy cerca.

Y se elevó del agua como un rumor sordo, pero muy extraño.

El muchachito temblaba de espanto, en tanto que sus manos estaban pegadas á la claraboya y sus ojos miraban el agua.

—Enciende una linterna, no se ve nada...

—En seguida...

Y entonces se dibujó en el agua una mancha clara. Tomás vió moverse ésta dulcemente, y en las ondulaciones vacilantes de las ondas, parecía sufrir y agitarse de dolor.

—¡Mira, mira! cuchicheaban en el puente voces aterradas.

En este momento, en el círculo luminoso que la linterna proyectaba, apareció una figura humana, inmensa, espantosa, descubriendo una fila de dientes blanquísimos, y que flotaba y se balanceaba en el agua.

Sus dientes parecían fijos sobre Tomás y la cara parecía decirle en una sonrisa macabra:

—¡Eh! pequeño, hace frío... adiós...

Las pértigas se levantaron en el aire para caer en el agua y empujar con precaución algo vago.

—¡Condúcele!... ten mucho cuidado... échale, pues... que va á engancharse en la rueda.

—Empújale tú mismo...

Las pértigas se deslizaban á lo largo de la quilla y su roce se parecía al rechinar de dientes...

Tomás estaba fascinado y no podía apartar los ojos de lo que veía.

Pero el rumor de pasos sobre su cabeza fué alejándose poco á poco en dirección del timón y entonces oyó de nuevo resonar aquel grito lastimero, parecido á un canto de muerte:

—Un vi si ta dor, vi-si ta dor...

—¡¡Papá!! gritó Tomás con voz estridente.

Su padre saltó de la cama y corrió hacia él:

—¿Qué es? ¿qué hacen ahí abajo? gritaba Tomás.

Ignat dió un gruñido de fiera y de dos brincos se lanzó fuera del camarote.

Tomás, titubeando y echando miradas asustadas alrededor de él, no había tenido tiempo de meterse en la cama de su padre, cuando ya regresaba éste.

—Te han asustado... ¡Bah! ¡no es nada! decía Ignat cogiéndole en los brazos. Ven á acostarte conmigo.

—¿Pero qué era eso? insistía Tomás.

—No es nada, hijo mío, nada absolutamente... Era un ahogado, un hombre que se ha ahogado y que baja con la corriente, eso es todo. Pero no temas nada, ya está bien lejos.

—¿Por qué lo echan? preguntó el chiquillo, estrechándose contra su padre y cerrando los ojos impresionados aún de la terrorífica visión.

—Es necesario... Si viniera á cogerse á la rueda... en la nuestra, como es consiguiente, la policía lo sabría mañana... se tendrían disgustos, líos... se nos detendría aquí... Así es que se le echa más allá... ¿Qué puede importarle? Está muerto... eso no es hacerle daño, mientras que los vivos tendrían disgustos por su causa... Vaya, duerme, pequeño mío...

—¿Y seguirá siempre así?

—Sí... más adelante lo sacarán y lo enterrarán.

—¿Y si se lo come un pez?

—Los peces no comen carne humana... Los pulpos comen... les gusta esto...

El calor que se desprendía del cuerpo del padre calmó los nervios excitados de Tomás, pero ante su vista pasaba siempre el rostro espantoso que le enseñaba los dientes y que el agua negra sustentaba.

—¿Y quién es?

—¡Dios sabe! Di más bien: «Dios mío, tened piedad de su alma»...

—¡Señor, tened piedad de su alma! repitió Tomás en un murmullo.

—¡Eso es!... Y ahora duerme tranquilo, no temas nada. Está muy lejos en estos momentos, flota tranquilamente. No te aproximes nunca demasiado al borde de la barandilla, podrías caerte al agua. Que Dios te preserve y...

—¿Se ha caído también él?

—Seguramente que se ha caído... estaba quizás borracho y le ha llegado el fin. ¡Pero quizás se ha arrojado él mismo! Los hay que se arrojan voluntariamente... La idea se apodera de ellos, se tiran y se ahogan. Así es la vida; la muerte es una fiesta para ciertas personas y á veces una dicha para todos.

—¿Papá?

—Duerme, niño querido...

III

Desde el primer día, Tomás, completamente aturrido aun por el ruido, la animación y la alegría del colegio, distinguió, en el enjambre de chiquillos, dos muchachos que le parecieron más interesantes que los otros.

Uno de ellos estaba sentado delante de Tomás y éste podía, sin levantar la cabeza, ver su ancha espalda, su grueso y corto cuello sembrado de man-

chas rosadas, sus grandes orejas y su nuca con cabellos rojos, cortados al rape.

Cuando el profesor, un buen hombre de cabeza calva y labio caído, llamó: ¡Smolín, Africán! el pequeño se levantó sin apresurarse, se aproximó al maestro, le miró con descaro y se puso á trazar en la pizarra grandes cifras redondas.

—¡Está bien, basta! dijo el profesor. ¡Ejoff, Nicolás! Continúa...

Uno de los vecinos de Tomás, un chiquillo travieso, de ojos negros y vivos como los de un ratón, salió de su sitio y pasó entre los bancos, enredándose y volviendo la cabeza en todas direcciones.

Llegado ante la pizarra, cogió la tiza y alzándose de puntillas se puso á hacer signos inteligibles, atormentando la tiza y desmenuzándola.

—¡Despacio! dijo el maestro, cuyo rostro pálido, de ojos fatigados, se contrajo dolorosamente, mientras Ejoff hablaba con volubilidad y voz sonora:

—Hallo que el primer comerciante ha tenido diez y siete kopeks de beneficio...

—¡Basta!... ¡Gordeieff! veamos, dígame que es necesario hacer para encontrar el beneficio del segundo comerciante.

Absorto enteramente por la apostura tan diferente de los dos muchachos, la pregunta le cogió desprevenido y Tomás no supo que contestar.

—¿No sabes? ¡Hum!... Explicaselo, Smolín.

Smolín, que limpiaba cuidadosamente sus dedos llenos de tiza, dejó el trapo y sin mirar á Tomás terminó el problema y volvió á limpiarse los dedos, mientras sonriente y saltando, Ejoff volvía á su sitio.

—¡Eh, tú! murmuró él, instalándose en su sitio, al lado de Tomás y dándole un papirotazo. ¿Qué tiene de difícil? ¿Cuál era el beneficio total? Éran 30 kopeks y dos comerciantes, á uno de los que corresponde 17. ¿Cuánto le corresponderá al otro?